

Este artículo analiza un texto de Martín Caparrós dedicado a Mendoza, que forma parte de su libro *El interior*.

NOS DESCUBRIERON, POR FIN NOS DESCUBRIERON ¹

En su edición del 30 de julio Los Andes publicó un texto de Martín Caparrós dedicado a Mendoza, que forma parte de su obra *El interior*. El libro se suma a una larga tradición en la literatura, expresada en lo que un viajero registra y comunica a partir de sus impresiones en el contacto con distintas culturas.

¿Hay alguna condición para lanzarse a ese tipo de producciones? Difícil decirlo. Son posibles tantas obras como miradas de quienes observan paisajes y las variadas ciudades de los hombres, como decía Homero. Tal vez la condición es una capacidad de penetrar en la cotidianidad de los espacios, ver más que lo que permite el juego de cercanías del día a día de la existencia. Quien viene de afuera trae una mirada no cercada por esas cercanías, máxime si ha vivido y escrito mucho.

Como es imposible verlo todo, el viajero se mueve entre visiones generales y vivencias ancladas en relaciones que de alguna manera permiten penetrar en determinados espacios sociales; la cifra de los días es descifrada a través de ese movimiento. El viajero llena sus lagunas de información, de historia, de las diarias interacciones, con lo que don Simón Rodríguez llamaba "perspicacia".

¿Cómo no reconocerla en nuestro autor? Su vasta obra, su agudo ingenio, nos hablan constantemente de ella. Pero a la perspicacia habría que sumar otra condición: la prudencia, esa cualidad que nos hace dudar de nuestras afirmaciones, o al menos nos lleva a preguntar y conocer más, antes de escribirlas y publicarlas.

El viajero nos dice, al descifrarnos, que a este lugar no querido por nadie, sin historia, arrasado por un terremoto, llegaron "italianos más o menos laboriosos" a levantar a partir de esa nada una ciudad y un campo limpios en los cuales sólo germinó una clase media y un pobrerío empeinado en imitarla. Desde entonces, desde esa exclusiva inmigración, todos por acá nos llamamos Giuseppe, Franchesco, Vittorio. No aparecieron en este territorio de la nada ni españoles, ni sirios, ni franceses, ni alemanes.

Debe ser culpa de la herencia de esos ancestros venidos de un país tan poco dado a las letras, que en más de 150 años no hayamos podido generar una mísera literatura, porque el viajero dice para caracterizarnos: "con un gran escritor, pero sin literatura". ¿Quién es el gran escritor? Tenemos derecho a pedirle más precisiones, sobre todo si en su historia se cuenta haber participado en la creación de una obra como *La voluntad*. Tamaña afirmación podrá ser muy brillante por su juego de palabras, pero en su significado representa un gesto de desprecio, basado en la ignorancia y oculto

precisamente en ese brillo de la expresión.

¿Quién es el autor? ¿Juan Draghi Lucero? ¿Armando Tejada Gómez? ¿Antonio di Benedetto? ¿Rolando Concatti? ¿José Luis Ramponi? ¿Abelardo Arias? ¿Alfonso Solá González? ¿Guillermo Kaul? ¿Iverna Codina? ¿Víctor Hugo Cúneo? ¿Ricardo Tudela? ¿Américo Calí? ¿Alfredo Bufano? No corresponde aquí seguir ampliando esta lista. Si el viajero mantiene esta manera de observar, habrá leído a un solo autor por provincia y habrá dejado en las sombras a quienes han construido una obra literaria tan digna como la de aquellos sitios del planeta donde existe más de un escritor.

Claro que todo se compensa en el mundo. En el terreno de la estética a falta de literatura tenemos “los niños mendigos mejores vestidos, los menos miserables del país”. Desconozco un instrumento para medir grados de miseria. A la pregunta del viajero “¿qué pasa cuando a uno se le ocurre una observación tan tilinga...?”, como la que acabo de citar, corresponde colaborar con una respuesta: es, sin duda, una observación tilinga.

No sólo ella. Me permito añadir otra: “En Mendoza nadie te dice que es pobre. Todos son de clase media (...) Acá no hay dignidad de la pobreza, sino vergüenza”. Las cifras dicen que esta provincia, “la más rica”, tiene un 38% de pobres sobre una población total de un millón y medio. Es decir, 600.000 personas empeñadas en negar su condición, muertas de vergüenza por ser pobres, sin siquiera lograr algunas migajas de dignidad. En vez de visitar “barrios de mierda”, el viajero pudo haber caminado por espacios donde la gente no anda jugando a ser lo que no es.

Digo “caminando” porque hay otras formas de ver pobres. Es curioso cómo influye en la mirada el punto de vista, el lugar desde donde se observa. Estos pobres travestidos en clase media no son todos. Los peones de la finca por donde anduvo el viajero carpían la tierra “con una mezcla de sumisión y odio”. Cuando ellos levantaron la mirada “yo vi sus miradas y vi algo”. Los peones miraron hacia arriba porque el viajero andaba a caballo, con el dueño de la finca y una amazona muy bella. Conclusión: para no ver pobres clasemedieros, para dar por fin con pobres de verdad, hay que mirarlos desde arriba de un caballo.

O bien leer el diario e ir al Hospital Central. Allí también se puede continuar el tour de la pobreza, sólo que a uno no lo dejan entrar a caballo, y de paso llevarse por delante a la gente que trabaja en esos espacios (los estudiantes de guardapolvos impecables, voz grave y ansias de que los llamen “doctor”). La rutina diaria de esos espacios no se resuelve en tres o cuatro pinceladas. Habría sido bueno que el viajero se hubiese quedado algunas horas en la sala de emergencias o se hubiera subido a una ambulancia para ver cómo trabajan esos aspirantes a trepar la pirámide. Un hospital, como una sociedad, es demasiado complejo como para despachárselo con algunas afirmaciones cargadas de estereotipos.

No escribo estas líneas para defender a una Mendoza agredida y mucho menos para llevarme por delante la obra de Caparrós. Escribo porque su mirada sobre nuestra literatura, sobre la pobreza, sobre el hospital, sobre el papel de los inmigrantes, me resultan superficiales, carente de esa prudencia que lleva a preguntar e informarse más. Siento que nos ha dedicado una mirada acorde con el título de su libro: *El interior*. Cuando uno acepta esa expresión, se coloca del otro lado de la antítesis: el exterior.

Para interiorizarse, para comprender, para ir más allá de los brillantes juegos de palabras, hacen falta más tiempo, más observación, más interacciones con quienes conforman la compleja trama de una sociedad. Hace falta otra condición que debería estar unida siempre a la perspicacia: el respeto.

Daniel Prieto Castillo

¹

Publicado en Diario Los Andes, Mendoza, 13 de agosto 2006.